



HISTORIA Y MODOS DE EXISTENCIA DE LOS CUERPOS: UNA PROPUESTA METODOLÓGICO-INTERPRETATIVA DESDE EL NORTE SEMIÁRIDO DE CHILE

*HISTORIZING BODY MODES OF EXISTENCE:
TOWARDS A METHODOLOGICAL AND
INTERPRETIVE APPROACH IN CHILE'S SEMIARID
NORTH*

Felipe Armstrong¹, Andrés Troncoso², Danae Campino³,
Rolando González-Rojas⁴, Francisca Lobos⁵ y Luis Felipe Mansilla⁶

Resumen

Este artículo propone un marco teórico-metodológico para abordar la historicidad de los cuerpos en el Norte Semiárido de Chile durante tiempos prehistóricos. Partiendo de la noción de modos de existencia históricos, se plantea que los cuerpos deben entenderse como ensamblajes relationales constituidos a partir de cuatro dimensiones: material, espacial, performática e incorpórea. La propuesta se ejemplifica a través del análisis de cuatro casos del Norte Semiárido de Chile: los tembetás y la cerámica antropomorfa del Período Alfarero Temprano, y el arte rupestre y la cerámica de la Cultura Diaguita en sus fases preinkaica e inkaica (Períodos Intermedio Tardío y Tardío). Estos estudios muestran la diversidad con que los cuerpos fueron constituidos y pensados: compuestos, partibles, mínimos o jerarquizados. Al situar el cuerpo al centro del análisis, se abre un campo fértil para repensar la identidad como

1. Museo Chileno de Arte Precolombino. ORCID: 0000-0002-1314-0286.
farmstrong@museoprecolumbino.cl

2. Departamento de Antropología, Universidad de Chile. ORCID: 0000-0002-2844-619X.
atroncos@gmail.com

3. Investigadora independiente. ORCID: 0009-0003-9036-2821. danacampino@gmail.com

4. Departamento de Antropología, Universidad Alberto Hurtado. ORCID: 0009-0009-2408-9234.
rolando.gonzalez@ug.uchile.cl

5. Investigadora independiente. ORCID: 0009-0009-4464-3634. fran.lobos13@gmail.com

6. Museo Arqueológico de La Serena. ORCID: 0009-0008-9743-1670. luis.mansilla.m@ug.uchile.cl

práctica encarnada e histórica, producida a través de materialidades y prácticas situadas.

Palabras clave: cuerpos, modos de existencia, Norte Semiárido, Diaguita, arqueología del cuerpo.

Abstract

This article proposes a theoretical and methodological framework to approach the historicity of bodies in the Semi-arid North of Chile during pre-Hispanic times. Building on the notion of historical modes of existence, we argue that bodies should not be understood as universal biomedical entities, but as relational assemblages constituted through material, spatial, performative, and incorporeal dimensions. The proposal is illustrated through four case studies: labrets and anthropomorphic ceramics of the Early Ceramic Period, as well as rock art and ceramics from the Diaguita Culture in both pre-Inka and Inka periods (Late Intermediate and Late Periods). These cases reveal the diversity with which bodies were constituted and conceptualized: as composite, partible, minimal, or hierarchized entities. By placing the body at the center of archaeological inquiry, this approach highlights the potential of rethinking identity as an embodied and historical practice, produced through situated materialities and practices.

Keywords: bodies, modes of existence, Semi-Arid North, Diaguita, archaeology of the body.

Estudiada a lo largo de la historia disciplinar a partir de distintas perspectivas analíticas e interpretativas que abarcan desde los enfoques normativistas de la historia cultural hasta las propuestas sobre el individuo de las corrientes postprocesuales (p.ej. Flannery 1999; Hernando 2002; Insoll 2007; Jones 1997), la identidad ha sido uno de los problemas centrales de la arqueología. Sin embargo, gran parte de las interpretaciones, propuestas y debates en torno suyo se basaron en principios ideacionales, normativos y/o funcionales que dejaban de lado uno de los elementos básicos para entender la compleja relación entre lo que se es y lo que no: el cuerpo. Tal como ha sido ampliamente discutido (ver, por ejemplo Joyce 2005, Robb y Harris 2013), muchos de los abordajes arqueológicos sobre el cuerpo se basan, para su entendimiento, en una perspectiva biomédica, propia del pensamiento moderno tardío y coherente con una biopolítica específica y con la producción de

un tipo específico de individuo (Foucault 2008, 2023; van Dülmen 2016). Esta perspectiva biomédica ha asociado el cuerpo a lo ‘natural’, a lo material; un fenómeno que parece correr en paralelo a la identidad.

En contraposición, la disciplina antropológica y el registro arqueológico, en cuanto expresión de la diversidad de las vidas sociales y modos de existencia que nuestra especie ha desplegado, se abre como un espacio de interrogación para explorar cómo se han conformado los cuerpos a través del tiempo y sus performatividades en su relación con el mundo material, lo que ha impactado sin duda en la conformación y la transformación de las identidades a diferentes escalas. En tal perspectiva, actualmente el concepto de ‘cuerpo’, tanto en buena parte de la discusión arqueológica como en la de otras disciplinas históricas y sociales (p.ej. Csordas 1990; Fowler 2011; Hamilakis *et al.* 2002; Le Breton 1985), obedece a una búsqueda por darle materia a la noción de persona, por reconocer que los seres humanos experimentamos y habitamos el mundo como sujetos encarnados. El cuerpo es, entonces, abordado como una entidad relacional que no solo se compone de la fisicalidad del entramado de huesos, músculos y órganos, sino también del conjunto de otras capacidades cognitivas, afectivas y performativas que estos despliegan en su proceso de habitar y que en su conjunto conforman una compleja entidad relacional que emerge de la síntesis entre lo biológico, material, performativo, histórico y social (Geller 2009).

Esta apertura conceptual permite a la arqueología abordar el problema de los cuerpos en el pasado no solo a través de sus restos biológicos, sino también de objetos que formaron parte de redes complejas y multimateriales que modelaron las experiencias corporales. Así, objetos adheridos o sumados a los cuerpos biológicos impactan necesariamente en la experiencia de habitar el mundo, tal como lo hacen objetos que sintetizan discursos gráficos sobre las cualidades y características corporales (Armstrong 2019a, 2019b, 2022; Cabello *et al.* 2022; Montt *et al.* 2021; Robb 2020; Robb y Harris 2013).

A partir de lo anterior, en este trabajo delineamos un acercamiento metodológico e interpretativo para comprender la conformación histórica de los cuerpos en el Norte Semiárido a través del estudio de un conjunto de objetos custodiados por diferentes instituciones museales y que cubren distintos momentos de la historia prehispánica regional.

Sobre el modo de existencia histórico de los cuerpos

Abordar el problema del cuerpo en la arqueología implica hacerse, al menos, dos preguntas en clave histórica: i) qué es un cuerpo y, por tanto, qué lo con-

forma, y ii) qué es lo que un cuerpo hace. Mientras los enfoques de corte más universalista han entendido el cuerpo como una entidad inmutable, enfoques más particularistas y cognitivos han priorizado comprender los valores y significados culturales asociados con este. Sin embargo, subyace a ambos una visión unívoca y atemporal de qué es un cuerpo, basada en el mencionado principio biopolítico que lo vincula a lo natural, donde todo lo que lo rodea que no sea parte de su materialidad biológica se entiende como cultural. En última instancia, subyace a esta noción el principio básico de la conformación del saber moderno: la separación entre cultura y naturaleza, y más interesante para nuestra reflexión, la sobrevaloración de la piel como un límite impermeable, una frontera que distingue clara e indefectiblemente un interior esencialmente humano y ‘propio’ y un exterior ‘otro’.

En contraposición, y desde una perspectiva que busca exceder las bases de esta separación entre cultura y naturaleza, podemos pensar el cuerpo como una entidad fluida y mutable a través del tiempo que emerge como un ensamblaje a partir del conjunto de relaciones materiales y prácticas, pero también incorpóreas que despliega el entramado físico-material-cognitivo de huesos, músculos y órganos que la perspectiva biomédica ha denominado cuerpo. Este enfoque se basa, en gran medida, en trabajos etnográficos y etnohistóricos que han relevado diversas formas de pensar y habitar los cuerpos en las que la asociación moderna entre un cuerpo y una persona no resulta natural o dada (p.ej. Battaglia 1990; Eves 1998; Strathern 1988; Viveiros de Castro 1998; Wilkinson 2013), así como en las propuestas respecto de la relación entre los cuerpos biológicos y sus extensiones materiales (Gell 1998; Haraway 1988). A partir de estos y otros trabajos, se abre un cuestionamiento en torno a los límites del cuerpo, así como sobre qué es efectivamente un cuerpo. Los cuerpos presentados por estos autores no son indivisibles, al menos conceptualmente, ni necesariamente impermeables a las relaciones que establecen. Tampoco son cuerpos estables que se mantengan fijos a lo largo de la vida de los sujetos. De esta forma, los cuerpos deben entenderse no tanto como una unidad biológica, sino como una entidad cuya potencia se materializa en sus contextos sociohistóricos particulares.

Comprender el cuerpo de esta manera nos permite abordar el registro arqueológico de una forma diferente, preguntándonos respecto de los efectos y afectos sobre los cuerpos en el pasado desplegados por la diversidad de materiales con los que trabajamos. En particular, el registro que da cuenta de prácticas mortuorias, la arquitectura, los objetos que se ensamblan o añaden a los cuerpos biológicos, o aquellos que adoptan formas que hacen referencia a los cuerpos humanos, son vías especialmente fructíferas para discutir sobre

la corporalidad desarrollada por diferentes comunidades humanas en el pasado en la medida que se articulan directamente con las posibilidades de ser y hacer cuerpo.

Considerando esto, y con el fin de operacionalizar esta aproximación, proponemos cuatro dimensiones básicas para entender la conformación histórica del cuerpo, las cuales, de una u otra manera, estructuran el registro arqueológico y se hacen visibles a través de este.

Primero, una dimensión material, referida a las relaciones entre elementos materiales que un cuerpo genera en su constitución y que aborda más que el simple entramado óseo-muscular-biológico definido para el cuerpo occidental moderno. Como ha discutido González (2018; y, entre otros, Robb y Harris 2013; Wilkinson 2013), ello implica que diferentes elementos que definimos como cultura material corresponden a elementos propios de un cuerpo histórico y propician una cierta performatividad de este.

Segundo, una dimensión espacial, referida a las relaciones que el cuerpo establece a partir de su estar y su performatividad con diferentes espacios, lugares y soportes materiales. Esta dimensión reconoce que lo que un cuerpo puede hacer no es homogéneo en términos espaciales, como tampoco lo son las relaciones materiales que puede desplegar en estos diferentes contextos.

Tercero, una dimensión práctica o performativa, en tanto todo cuerpo actúa y hace algo a través de su proceso de estar y habitar en el mundo. Esta dimensión está en directa relación con las dos anteriores por cuanto esta performatividad está asociada con sus relaciones materiales y espaciales.

Finalmente, existe una cuarta dimensión que refiere a los aspectos narrativos, discursivos e incorpóreos (*sensu* Grosz 2017), asociados a lo que es un cuerpo y cómo este actúa en un momento histórico. Aunque su acercamiento arqueológico es complejo, lo cierto es que esta dimensión se articula con las otras dimensiones relacionales indicadas actuando sobre lo que un cuerpo hace y genera históricamente, así como afectando su presencia en soportes como el arte rupestre, la cerámica, los textiles, etcétera.

La conformación de este campo de relaciones propios al ser y hacer de un cuerpo genera lo que podemos denominar un *modo de existencia histórico de los cuerpos*, concepto que permite salir de una mirada biomédica del cuerpo y reconocer su conformación histórica y abrir las puertas para evaluar su variabilidad temporal, así como su relación con los *modos de existencia sociohistóricos de los grupos humanos*. La noción de *modo de existencia* fue inicialmente definida por Soriau (2017) para enfatizar cómo los participantes en el mundo pueden adoptar diferentes formas de ser y desplegar diferentes afecciones a través de sus existencias históricas. Posteriormente, autores como Simondon

(2007) y Latour (2011) retomaron esta noción para abordarla en otros campos de la vida social. En particular, para Latour (2011), el concepto de modo de existencia nos entrega un término multiescalar para referirnos a las formas y rutas a través de las cuales diferentes relaciones ocurren por medio de la performatividad de sus participantes dentro de un dominio social particular. Este simple precepto implica que los participantes en el mundo no cuentan con una naturaleza trascendental, sino que son entidades que pueden adoptar diversos modos de existencia a través de la historia. Las capacidades de estas entidades emergen del campo de relaciones históricas en que se encuentran involucradas, haciendo que lo que estos participantes hacen y son no pueda ser explorado fuera de este campo relacional.

Las posibilidades de este concepto para la discusión arqueológica son claras: a través de él es posible acercarse a comprender las distintas formas en que los participantes del mundo han sido afectados por y han afectado al mundo, evitando un acercamiento y razonamiento basado en una mirada homogeneizante, extensión de una razón universal trascendental a otros momentos históricos. En tal sentido, una arqueología de los modos de existencia reconoce la presencia de modos de existencia históricos que se despliegan en modos de existencia particulares de sus participantes, como bien pueden ser los modos de existencia históricos del espacio, el arte rupestre y los cuerpos, entre otros (Criado 2015; Troncoso 2024; Troncoso *et al.* 2022).

Es importante mencionar que la noción de modo de existencia histórico no necesariamente implica la existencia de una única forma de ser y hacer cuerpo, sino que, por el contrario, reconoce la posibilidad de que distintas formas de cuerpo ocurran en un mismo momento y espacio histórico, lo que desemboca en la conformación de una multimodalidad de cuerpos que se articulan con las dinámicas sociales y políticas de cada momento histórico, y con la conformación de un paisaje de cuerpos –o *bodyscape*– particular (Armstrong 2022; Geller 2009; Harris y Robb 2012).

En esta línea, por tanto, la conformación de los modos de existencia de los cuerpos conlleva todo un entramado material, práctico-performativo e incorpóreo que excede la misma fisicalidad del cuerpo biomédico para reconocer su emergencia histórica a partir del campo de relaciones que despliega a través de su proceso de ser y habitar en el mundo. En tal sentido, la realidad social es un proceso corporal puesto que actúa sobre nuestros actos de habitar en el mundo a la vez que emerge desde las prácticas y el mismo habitar que desplegamos en nuestro vivir cotidiano. Es por ello que, por sobre un foco en lo que un cuerpo significa, una *arqueología de los modos de existencia históricos de los cuerpos* se centra en lo que estos son y pueden hacer a través del tiempo.

Explorando la multimodalidad y modos de existencia histórica de los cuerpos en el Norte Semiárido

Las ideas antes expuestas nos permiten realizar un primer acercamiento para entender los modos de existencia históricos de los cuerpos en el Norte Semiárido (NSA) a partir de explorar materialidades no biológicas: tembetás, arte rupestre y cerámica. A continuación presentamos cómo hemos aplicado este enfoque en el estudio de diferentes materialidades esbozando unos resultados generales que posibilitan acercarse a la mencionada historicidad. Estos resultados son una síntesis actualizada, resumida y ajustada de distintos trabajos realizados independientemente y que pueden ser consultados para profundizar cada caso específico (para tembetás ver González 2018, 2020; para cerámica del PAT ver Campino 2022; para arte rupestre, Lobos 2023; para cerámica diaguita, Mansilla 2023).

Tembetás del Período Alfarero Temprano

El tembetá, también denominado bezote, barbote o labret, constituye uno de los artefactos más distintivos del Período Alfarero Temprano (PAT), ca. 1-800 d.C., usado en el labio inferior y estrechamente vinculado a la configuración visible del rostro (Figura 1). Con el propósito de evaluar la variabilidad regional de estos objetos y su incidencia en la conformación histórica de los cuerpos del PAT (González 2018, 2020), se analizaron 374 ejemplares completos y fragmentados considerando sus dimensiones morfológicas, tecnológicas, decorativas y de uso.

En términos morfológicos, los tembetás fueron clasificados en 11 tipos generales y 35 subtipos, para lo cual se incorporaron tanto tipologías ya conocidas como nuevas propuestas. La diversidad se expresa también en el largo (corto, mediano y largo) y en el grosor de las bases y cuerpos (delgado, mediano y grueso), atributos que inciden directamente en la visibilidad y en el abultamiento del labio inferior. Tecnológicamente, se identificaron materias primas líticas, cerámicas y óseas, junto con variaciones de color y acabado superficial, aunque, debido al alto grado de formatización, solo pudieron reconocerse las últimas etapas de la manufactura. En cuanto a decoración, apenas 8,82 % de la muestra presentó diseños, definidos en 19 variantes que incluyen incisos, perforados y pulidos diferenciales. Finalmente, 6,1 % de los ejemplares mostró huellas de uso prolongado, desde depresiones leves hasta hundimientos más marcados en la cara interna de la base.

Los resultados permiten reconocer una variabilidad significativa que se organiza en al menos cuatro zonas geográficas diferenciadas. En los valles de



Figura 1. Ejemplos de tembetás líticos: a) tipo botellita curvo (MUARSE 83-2); b) tipo botellita recto (MUARSE 9338); c) tipo discoidal con alas (MchAP MAS-1362A); d) tipo cilíndrico recto (MChAP MAS-2423)

Copiapó y Huasco predominan los tembetás líticos, cortos y gruesos, del tipo discoidal con alas, con colores poco diversos y superficies pulidas de manera paralela. El interfluvio Huasco-Elqui y la cuenca del Elqui muestran similitudes con estos rasgos septentrionales, aunque hay una mayor diversificación en formas y tamaños. En contraste, los valles de Limarí y Combarbalá concentran la mayor heterogeneidad formal y decorativa, con piezas largas y delgadas, una gama más amplia de materias primas y colores, y decoraciones perforadas, que incluyen un motivo de semicírculos triples. Por su parte, el Choapa se distingue por la presencia de tembetás cerámicos, casi ausentes en otras zonas, y por la predominancia de formas cortas.

De manera transversal, la morfología se relaciona con la performatividad corporal: mientras que las piezas cortas y gruesas de Atacama enfatizan una exhibición frontal, las más largas y delgadas de los valles centrales sugerirían una visibilidad desde múltiples ángulos. Aunque poco frecuentes, las decoraciones revelan diferenciaciones estéticas y contactos culturales (por ejemplo, el motivo de semicírculos triples, semejante a patrones del Complejo Cultural Bato de Chile Central). Las huellas de uso apuntan a un empleo prolongado, lo que abre la posibilidad de que algunos de estos objetos hayan sido transferidos o heredados entre individuos.

En suma, los tembetás muestran una alta diversidad tipológica, tecnológica y estética, organizada en patrones regionales claros. Estos artefactos moldearon la apariencia y la posibilidad performática de los cuerpos del PAT en el

Norte Semiárido, contribuyendo de esta manera activamente a la construcción histórica de la corporalidad durante este período.

Cerámica modelada antropomorfa del Período Alfarero Temprano

La cerámica modelada antropomorfa, muy minoritaria pero distintiva dentro del repertorio alfarero del PAT (ca. 1-800 d.C.), se asocia sobre todo a contextos funerarios y permite explorar cómo se materializaron corporalidades específicas. Son las primeras evidencias del uso del cuerpo humano como referente en la producción de objetos en la región. Trabajamos con nueve vasijas con rasgos corporales procedentes de Choapa (n=4), Hurtado (n=3), Copiapó (n=1) y una de procedencia indeterminada (Campino 2022). Describimos sus atributos morfológicos (estructura, contorno, simetría, asas, golletes, base y tratamientos de superficie), decorativos y preiconográficos (formas primarias y posturas) en una clave que evita forzar interpretaciones (Panofsky 1998) y distingue el cuerpo entero, el cuerpo parcial y la parte corporal (Armstrong 2019a).

La muestra registra cuatro tipos de vasijas: tres ollas, tres vasos, dos jarros y una botella. Las ollas destacan por tener rostros dobles en caras opuestas y variaciones morfológicas finas: una de Choapa tiene un cuerpo esférico, cuello hiperboloide y dos asas cuello-cuerpo; otra, también de Choapa, tiene un cuerpo trizonal elipsoide y un asa; y una tercera, de Hurtado, tiene un cuerpo esférico, cuello cónico invertido, sin asas y base en torus, cuyos rostros en el cuello se acompañan de incisos punteados en los costados y líneas verticales incisas bajo los ojos (Figura 2). Los rostros dobles de estas ollas comparten ojos cerrados tipo grano de café, ceja y nariz continuas; en un caso se observa además una boca en grano de café y protuberancia ovalada bajo la boca.

Los vasos (Copiapó, Choapa y un ejemplar sin contexto) corresponden a cuerpos completos en posición sentada, con piernas extendidas y brazos-maños sobre el vientre, bajo los pechos. Solo uno se conserva íntegro: la cabeza del cuerpo antropomorfo funciona como cuello del vaso (cónico invertido) y exhibe una decoración facial incisa en franjas sobre las mejillas, además de un tocado resuelto con zigzag inciso y punteados perimetrales; presenta orejas perforadas (Figura 2). En dos vasos hoy incompletos, el diseño original fue el de cuerpos enteros; persisten en ellos, sin embargo, incisos decorativos alrededor del cuello y en la espalda a modo de bandas, y en otro ejemplar finos incisos cubren todo el cuerpo.

Los jarros muestran la mayor heterogeneidad. Uno, de Hurtado, presenta perfil complejo y forma asimétrica: la vasija entera es un cuerpo antropomorfo, cuya cabeza conforma el cuello y adquiere forma ovalada; en este caso se ob-



Figura 2. Vasijas antropomorfas con cuerpos completos, parciales y partes corporales del PAT en el NSA. De izquierda a derecha y de arriba a abajo. Vaso antropomorfo completo (MHNV 4-1174), Vaso antropomorfo completo (MHNV 4-1178), Vaso antropomorfo completo (MHNV 4-187), Jarro antropomorfo parcial (Museo del Limarí 11-888), Botella antropomorfa completa (MUARSE 8-811), Jarro antropomorfo completo (MUARSE 8-13071), Olla antropomorfa rostro dual (MUARSE 8-13087), Olla antropomorfa rostro dual (MUARSE 8-13086), Olla antropomorfa rostro dual (Museo del Limarí 11-730).

servan ojos abiertos (rasgo excepcional en la muestra) y orejas perforadas con modelado que recuerda la morfología humana. El segundo jarro, con cuerpo trizonal elipsoide, dos golletes y asa estribo, integra un cuerpo parcial (cabeza/rostro, tocado o cabello, cuello, brazos, manos y abdomen) en falso gollete; el personaje está erguido, con ojos cerrados y manos sobre el abdomen. Este ejemplar presenta fractura intencional, localizada en la parte frontal del cuello y en un costado del cuerpo de la vasija, lo que sugiere prácticas rituales específicas. Finalmente, la botella (Hurtado), de perfil complejo y forma asimétrica

con cuello hiperboloide, combina rasgos zoomorfos y antropomorfos (zooantropomorfa) y ojos abiertos; presenta además una cola corta triangular, orejas perforadas y muñones a modo de pies o patas.

En términos de categorías preiconográficas, se registran cinco cuerpos completos (tres vasos –dos hoy sin cabeza conservada–, un jarro y la botella), un cuerpo parcial (jarro con falso gollete) y partes corporales aisladas (rostros/ cabezas) solo en ollas y siempre dobles. Las posturas y resoluciones formales enfatizan la condición de contenedor: en todas las piezas, el ahuecamiento las recorre de pies a cabeza, incluyendo extremidades inferiores, de modo que la función y la figura coinciden. Las decoraciones refuerzan el carácter expresivo de los cuerpos: incisos lineales verticales (mejillas, cuello, bajo ojos), puntilleados en costados, bandas en cuello y espalda, y zigzag inciso (especialmente en tocado). La presencia de ‘cabello’ trenzado en el jarro parcial de Hurtado (resuelto como trenzado en la parte superior del rostro) es un marcador clave de tratamientos capilares; junto con las orejas perforadas –frecuentes– sugiere una ornamentación corporal (p. ej., pendientes).

Este conjunto, aunque extremadamente pequeño, condensa una diversidad corporal significativa: ojos generalmente cerrados (con dos casos abiertos: jarro y botella), rostros dobles en ollas, posturas sentadas en vasos, cuerpos parciales articulados en el gollete y atributos mixtos (antropo/zoomorfos) en la botella. El detalle de las superficies –incisos finos totales, bandas, punteados, zigzag– y de rasgos específicos –tocado, cabello trenzado, orejas perforadas, cola, muñones– evidencian recursos plásticos y técnicos compartidos, e indican una amplitud de performatividades: recipientes que cocinan o contienen y, al mismo tiempo, presentan y enmarcan cuerpos, rostros y gestos. En suma, estas vasijas operan como cuerpos contenedores que, en contextos funerarios y de consumo, producen corporalidades históricas en tensión entre la estandarización (motivos y resoluciones recurrentes) y la singularidad (combinatorias locales de atributos y tratamientos).

Antropomorfos en el arte rupestre diaguita

La región de Coquimbo posee una tradición rupestre de más de cinco milenios, desde el Arcaico Tardío hasta la época Colonial y Republicana (Troncoso 2018). En ese largo proceso, el Período Intermedio Tardío (PIT, ca. 1000-1470 d.C.) destaca por la intensa producción de petroglifos atribuida a los grupos Diaguita. Estas manifestaciones se localizan lejos de los asentamientos, en quebradas y laderas vinculadas a rutas de movilidad intra e interregional (Troncoso 2022). Uno de sus rasgos más característicos es la recurrencia de motivos antropomorfos esquemáticos, aunque existe también un conjunto de

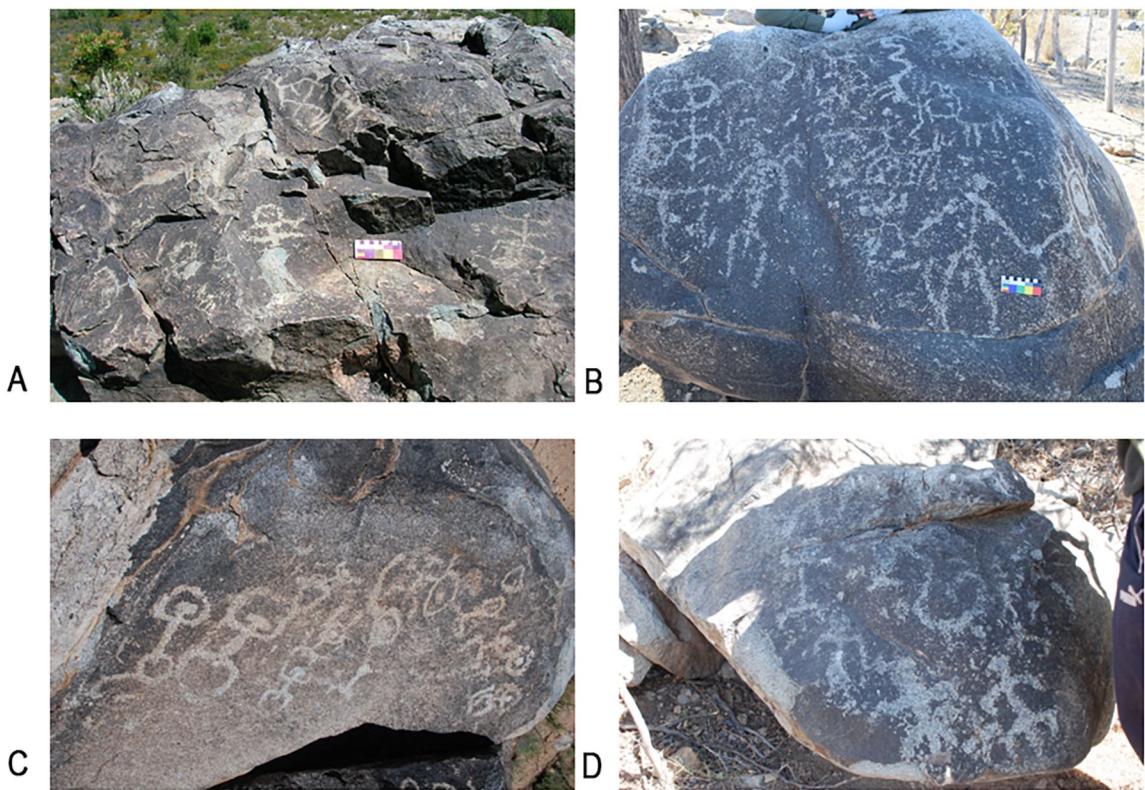


Figura 3. Motivos antropomorfos. a) Motivos antropomorfos con cabezas circulares lineales y circulares areales, y apéndices en torso y pelvis (sitio La Junta 1, Choapa); b) Motivos antropomorfos con diversas de torsos (lineal y geométrico) y brazos (curvos y diagonales) (sitio Rincón Las Chilcas 1, Combarbalá); c) Motivos antropomorfos agrupados con brazos cerrados hacia arriba (sitio Comunidad 2, Elqui); d) Motivos antropomorfos de brazos y piernas angulares (sitio Valdivia 2, Limarí).

diseños que asemejan rostros con distintos grados de esquematización (Cabello 2011; Troncoso *et al.* 2008). Estos cuerpos suelen componerse de líneas anguladas en brazos y piernas (a menudo en ángulos de 90°), cabezas sin rasgos faciales definidos y, en algunos casos, un apéndice lineal en la zona genital (Troncoso 2018, 2019) (Figura 3). Rara vez aparecen en escenas o vinculados a actividades específicas.

Para evaluar cómo estas figuras contribuyen a la multimodalidad del modo de existencia corporal diaguita se analizó una muestra de 412 bloques con 1.015 motivos antropomorfos, distribuidos en 116 sitios. La muestra representa más de 50 % de los bloques con antropomorfos identificados en la región (412 de un total de 799 rocas con petroglifos antropomorfos diaguitas). La distribución incluye 177 bloques en Choapa (de 377), 63 en Combarbalá (de 128), 48 en Elqui (de 52) y 124 en Limarí (de 242), con recuentos de motivos que alcanzan 380 en Choapa, 173 en Combarbalá, 140 en Elqui y 322 en Limarí.

El análisis consideró tanto las dimensiones visuales como métricas y relaciones. En cuanto a los elementos corporales, los antropomorfos se estructuran casi siempre en cabeza, cuello, torso, brazos y piernas, a los que ocasionalmente se agregan tocados, pies u objetos asociados. En casos excepcionales se representaron componentes del rostro, puntos anexos o un tercer brazo. Las cabezas suelen ser circulares y areales, aunque en ciertos casos se vuelven más prominentes gracias a los tocados. Estos últimos se tipificaron siguiendo a Montt (2004): en Choapa, Combarbalá y Limarí predominan los tocados duales, mientras que en Elqui son más frecuentes los parciales (Lobos 2023). Los torsos son mayoritariamente lineales (98 % de la muestra), pero se registran torsos trapezoidales, algunos con decoración interna, en Choapa (7,25 %) y Limarí (16,13 %), mientras que Combarbalá presenta solo un caso y en Elqui están ausentes. Las extremidades se representan de forma angular y con orientación descendente, aunque ningún tipo supera 50 % de la muestra en cada cuenca. En varios casos se incorporó un apéndice lineal pélvico, y los puntos anexos se presentan de a dos en Choapa, Elqui y Limarí, y de a tres en Combarbalá, con ubicaciones diferenciadas: pelvis en Choapa, cabeza en Combarbalá y Elqui, torso en Limarí.

Las interacciones entre motivos dentro de los paneles refuerzan este panorama. Los antropomorfos aparecen casi siempre asociados a otros antropomorfos, pero no forman escenas narrativas complejas. En los casos en que sí hay escenas, se observan patrones distintos: en Choapa, la asociación predominante es con zoomorfos; en Combarbalá, con otros antropomorfos; y en Limarí y Elqui, con antropomorfos y zoomorfos ligados a actividades como el pastoreo. La posibilidad de distinguir las figuras varía según el panel: algunos cuerpos son difíciles de visualizar por conservación o saturación, en otros resaltan parcialmente y en algunos casos son plenamente destacados por su técnica, tamaño o aislamiento.

Este corpus muestra un equilibrio entre homogeneidad y variabilidad. Por un lado, la persistencia de figuras esquemáticas simples –cabezas circulares, torsos lineales, extremidades anguladas– confiere una unidad formal a la tradición. Por otro, existen diferencias regionales en tipos de tocados, torsos trapezoidales, presencia y ubicación de puntos anexos y asociaciones en paneles, que dotan a cada cuenca de un perfil particular. Así, mientras Choapa enfatiza la relación con zoomorfos, Limarí evidencia mayor diversidad formal y decorativa.

En conjunto, el arte rupestre diaguita produce corporalidades que, aunque altamente esquematizadas, se multiplican en miles de repeticiones a lo largo del paisaje. Su recurrencia en quebradas y rutas refuerza un espacio discursivo.

sivo y afectivo en el que los cuerpos se inscriben como presencias reiteradas, homogéneas a gran escala, pero heterogéneas en cada valle. Estas imágenes constituyeron una forma activa de corporizar el territorio dando lugar a cuerpos situados que acompañaban la movilidad y la experiencia del paisaje en el Norte Semiárido.

Cerámica antropomorfa diaguita preinkaica e inkaica

Así como los grupos Diaguita produjeron cuerpos en el arte rupestre, también lo hicieron en la cerámica mediante figurillas y vasijas. Estas últimas muestran una notable heterogeneidad formal y estilística, que se organiza en dos grandes modos de elaboración: cuerpos pintados y cuerpos no pintados (Troncoso 2005) (Figuras 4 y 5). Los primeros parecen vinculados al servicio de alimentos y bebidas, mientras que los segundos se asocian más a la producción culinaria. La anexión del territorio diaguita al Tawantinsuyu hacia 1450 d.C. introdujo transformaciones que impactaron directamente en esta tradición al incorporar nuevos códigos visuales y formales (González 2013).



Figura 4. Jarros Zapato antropomorfos. Izquierda: MUARSE 16548. Derecha: MUARSE 56.

Se trabajó sobre una muestra de 241 vasijas con atributos antropomorfos o zoomorfos, depositadas en colecciones de museos nacionales (Mansilla 2023). La muestra está compuesta por 137 vasijas preinkaicas y 104 inkaicas, donde los tipos dominantes son el jarro zapato ($n=52$) en el primer momento y el jarro pato ($n=63$) en el segundo. También se registraron con frecuencia pla-



Figura 5. Jarros Pato del periodo inkaico con rasgos antropomorfos. Izquierda: Museo del Limarí 191. Centro: Museo del Limarí 192. Derecha: MchAP 3679.

tos ($n=50$) y jarros simétricos ($n=34$), mientras que otras categorías aparecen en menor número, a pesar de ser abundantes en el registro arqueológico.

El análisis consideró dimensiones métricas, morfofuncionales, decorativas y corporales. Se relevaron variables como diámetro, altura y volumen, así como simetría, estructura y contorno. También se registraron huellas de uso, sobre todo abrasiones transversales (presentes en gran parte de la muestra) y adherencias (más comunes en los ejemplares no pintados). En términos decorativos, la pintura es mayoritaria en el período inkaico, en contraste con la fase preinkaica, donde predominan las vasijas no pintadas. Entre los patrones gráficos más frecuentes se identificaron zigzag (37 %), ondas (13 %) y cadenas (10 %) en el momento preinkaico, mientras que en la época inkaica los motivos dominantes fueron zigzag (19 %), rombos en hilera (13 %) y ondas (12 %), que se sumaron al repertorio de patrones y variantes propios del horizonte cusqueño.

La caracterización corporal permitió reconocer 280 cuerpos en total, ya que 21 vasijas presentan elementos de más de un cuerpo. Aunque lo común es un cuerpo por vasija, en casos excepcionales se identificaron hasta 28 cuerpos en un mismo ejemplar, configurados como rostros triangulares hiperestilizados que funcionan también como patrones decorativos (patrón zigzag L sensu González 2013: 88). Los cuerpos se resolvieron principalmente en tres formas generales: cabezas o rostros aislados, cuerpos parciales (hasta la cintura) y cuerpos completos. La tendencia cambia entre períodos: en tiempos preinkai- cos predominan las cabezas, mientras que tras la anexión al Tawantinsuyu se observa un equilibrio mayor entre cabezas y cuerpos parciales. Los cuerpos completos son siempre minoritarios.

En total se registraron 35 atributos corporales distintos, de los cuales ninguno es exclusivo de una sola etapa. Sin embargo, ciertos rasgos son más frecuentes en un momento u otro: en la fase preinkaica aparecen con mayor recurrencia pies, dedos y picos zoomorfos, mientras que en la época inkaica se intensifica la representación de cabezas, decoraciones oculares, lágrimas, escotes, refuerzos de camisa, brazos y hombros. En este último momento se generaliza también la decoración de cabezas con tocados o peinados elaborados (posibles *sukkupa* o *ñañaca*), con solo un precedente en el registro preinkaico.

En términos de clasificación, se reconocieron tres grandes clases de cuerpos: antropomorfos ($n=145$), zoomorfos ($n=77$) y antropozoomorfos ($n=51$). Los antropomorfos suelen tener ojos elípticos, rectangulares o romboidales, narices separadas de bocas poco prominentes y, en ocasiones, mentones modelados y decorados. Los zoomorfos se construyen con ojos circulares (círculos concéntricos o con punto), narices unidas a bocas prominentes o a picos/hocicos cónicos. Los antropozoomorfos combinan rasgos: por ejemplo, un rostro humano con cuatro patas o una cara con ojos circulares y mentón pronunciado.

El análisis estadístico de una submuestra mostró que la variabilidad interna en la construcción de cuerpos es extraordinariamente alta: dos vasijas idénticas son casos excepcionales, y los pocos ejemplos corresponden a piezas halladas en una misma tumba. Sin embargo, se reconocen tendencias generales. En el período preinkaico, la forma más recurrente de representar un cuerpo es un jarro zapato con rostro, construido con ojos, nariz y boca (a veces acompañado de manos laterales y un elemento abdominal mameilonado inciso). Tras la anexión al Tawantinsuyu, las representaciones tienden hacia jarros pato en los que la cabeza incorpora el rostro y se asocia a un torso con brazos, manos y dedos, al que con frecuencia se suman pechos o pezones y elementos abdominales ahora pintados, además de escotes y refuerzos de camisa con motivos decorativos propios del arte diaguita (ver también Carmona 2022).

La comparación temporal evidencia, entonces, cambios notables en la forma de corporalizar los contenedores cerámicos. Mientras en el período preinkaico se privilegiaron las cabezas aisladas, en el inkaico se expandió el énfasis hacia cuerpos más completos y vestimentas a partir de la integración de códigos visuales andinos a la tradición local. Estos cambios incidieron tanto en la performatividad culinaria de las vasijas como en su visibilidad social, y dieron lugar a nuevas formas de corporizar el consumo y la memoria en contextos diaguitas.

Ensamblajes, espacios, prácticas e ideas

La evidencia presentada en los apartados anteriores permite abordar de manera conjunta la pregunta por los modos de existencia históricos de los cuerpos en el Norte Semiárido. Nuestro interés aquí no es ofrecer una interpretación exhaustiva de cada cultura o período, sino poner a prueba la propuesta teórico-metodológica planteada al inicio. Para ello, organizamos la discusión en torno a las cuatro dimensiones analíticas sugeridas –material, espacial, performática e incorpórea–, entendidas no como compartimentos estancos, sino como registros interdependientes que permiten visibilizar cómo los cuerpos fueron constituidos, habitados y pensados en diferentes momentos históricos. Este enfoque nos permite comparar entre soportes y temporalidades, al tiempo que ilumina las tensiones entre homogeneidad y diversidad, continuidad y cambio, agencia local y hegemonías imperiales.

Lo material: ensamblajes corporales

La primera dimensión a considerar es la material, entendida como el ensamblaje de sustancias, soportes y objetos que constituyen los cuerpos. Los casos del Norte Semiárido muestran con claridad que los cuerpos nunca fueron concebidos como entidades desnudas o autosuficientes, sino como composiciones en las que la materialidad es constitutiva de la corporalidad. El ejemplo más evidente son los tembetás del Período Alfarero Temprano, artefactos que transformaban de manera sostenida la forma y visibilidad del rostro. Estos dispositivos fueron componentes inseparables de la anatomía: cuerpos biogeológicos en los que la piedra, el hueso o la cerámica se integraban al labio inferior. Las huellas de uso documentadas en la cara interna de las piezas (González 2018, 2020) y las evidencias de afecciones mandibulares vinculadas a su portación (Quevedo 1992; Torres-Rouff 2011) confirman la profundidad de esta incorporación material que desdibuja la frontera entre objeto y cuerpo.

La cerámica del PAT lleva esta relación a otro registro: aquí, lo material no se añade a un cuerpo ya dado, sino que el cuerpo mismo se hace vasija. Brazos, rostros y torsos modelados en arcilla coinciden con el volumen del recipiente, de modo que la función de contener líquidos y alimentos se confunde con la condición corporal de la pieza. El énfasis recurrente en cabezas dobles y en ojos cerrados, así como en tocados incisos y representaciones de cabello trenzado, muestra que la materialidad cerámica es una vía para constituir cuerpos con atributos propios (Campino 2022). Estos rasgos, además, dialogan con otras materialidades contemporáneas: tanto en los tembetás como en los

petroglifos del mismo período, la cabeza y el rostro aparecen como el lugar privilegiado para materializar la corporalidad (González 2020; Troncoso 2019).

El arte rupestre diaguita radicaliza este principio: en este caso, el soporte corporal es la roca misma. Los antropomorfos esquemáticos, grabados en cientos de bloques a lo largo de quebradas y rutas, constituyen cuerpos extra-somáticos que prolongan la corporalidad en el paisaje (Lobos 2023; Troncoso 2018, 2022). Se trata de materialidades mínimas, reducidas a trazos lineales, pero repetidas hasta saturar superficies. Aquí, la roca fuerza un vínculo entre estos cuerpos multiplicados y espacios específicos.

Finalmente, la cerámica diaguita incorpora una fuerte historicidad a lo material. En tiempos preinkaicos, los cuerpos aparecen como cabezas aisladas o rostros hiperestilizados, mientras que bajo el Tawantinsuyu se consolidan cuerpos más completos, vestidos y diferenciados, donde tocados y patrones decorativos expresan nuevas ontologías corporales (Troncoso 2005; Carmona 2022; Mansilla 2023). La hegemonía del jarro pato, con sus morfologías y patrones gráficos recurrentes, muestra cómo la materialidad cerámica se volvió vehículo de un poder político que definía qué era un cuerpo y cómo debía mostrarse: fundamentalmente vestido y ‘decorado’.

En conjunto, los cuatro casos evidencian que en el Norte Semiárido no existen cuerpos desnudos: todos son cuerpos compuestos, ensamblajes complejos de materias diversas. Sin embargo, esta dimensión también revela tensiones: mientras que los tembetás y las vasijas del PAT enfatizan la densidad material de cuerpos singulares, el arte rupestre presenta cuerpos mínimos y repetitivos, y la cerámica diaguita deja ver la transformación histórica de los ensamblajes bajo nuevas hegemonías. Así, lo material no puede pensarse como un plano básico o aislado, sino como una dimensión atravesada por la variabilidad regional, la temporalidad histórica y las relaciones de poder que dan forma a la multimodalidad de los cuerpos.

Lo espacial: cuerpos y sus lugares

La segunda dimensión corresponde a lo espacial, es decir, a los lugares y contextos en los que los cuerpos se materializan y performan. Los casos analizados evidencian que los cuerpos en el Norte Semiárido no solo se constituyen a partir de ensamblajes materiales, sino también desde las espacialidades en que circulan y se hacen presentes.

En el caso de los tembetás, la espacialidad es íntima y cotidiana: insertos en el labio inferior, acompañaban al individuo en todas las instancias de la vida, visibles en el rostro durante el habla, la ingestión de alimentos y las interacciones sociales (González 2018, 2020; Torres-Rouff 2011). Estos cuerpos con

tembetá no estaban restringidos a un momento ritual o excepcional, sino que probablemente configuraban la corporalidad diaria para algunas personas del PAT, proyectándose en cada gesto facial.

La cerámica antropomorfa del PAT, en contraste, se inserta en un espacio mucho más restringido. Su hallazgo en contextos funerarios sugiere una espacialidad ritual y mortuoria (Campino 2022), donde los cuerpos-vasijas acompañaban a los muertos y, posiblemente, cumplían funciones en banquetes funerarios. La bajísima frecuencia de estas piezas dentro del repertorio alfarero subraya que se trataba de cuerpos excepcionales, cuya visibilidad se limitaba a situaciones específicas. Los rasgos de algunas de estas vasijas recuerdan materiales trasandinos, lo que podría estar indicando que diversas tradiciones pudieron haberse encontrado en el NSA y, por tanto, diversos modos de existencia de los cuerpos. Esto, sin embargo, requiere de más estudios.

El arte rupestre diaguita introduce una espacialidad distinta: los cuerpos esquemáticos se emplazan en quebradas y laderas apartadas de los asentamientos, vinculadas a rutas de movilidad inter e intrarregional (Lobos 2023; Troncoso 2018, 2022; Troncoso *et al.* 2020). Esta localización liminal transforma el paisaje mismo en un espacio corporalizado, donde los motivos antropomorfos acompañaban el tránsito y la circulación de personas. La espacialidad no es doméstica ni funeraria, sino de tránsito y su escala es colectiva: las imágenes se disponen en lugares abiertos, accesibles y saturados de repeticiones, además de tener cuerpos altamente distinguibles. Esto supone que este tipo de manifestaciones culturales promovieron performatividades específicas de parte de los cuerpos que transitaron por estos espacios, estableciéndose relaciones entre cuerpos de carne y hueso y aquellos grabados en la roca.

La cerámica diaguita, por último, articula otra espacialidad: la de la comensalidad cotidiana y ceremonial. Vasijas como jarros zapato y jarros pato funcionaron en espacios domésticos y festivos, donde los cuerpos-vasijas mediaban el servicio y el consumo de alimentos y bebidas (González 2013; Mansilla 2023; Troncoso 2005). La transformación posterior a la conquista por parte del Tawantinsuyu refuerza esta dimensión espacial: al incorporar patrones y formas imperiales, estas piezas se volvieron vehículos para inscribir en la mesa colectiva una nueva manera de habitar y mostrar los cuerpos, ahora en clave imperial.

En síntesis, los cuerpos arqueológicos del Norte Semiárido no pueden entenderse sin las espacialidades que los enmarcan: el rostro cotidiano del tembetá, la tumba ritual de la cerámica del PAT, el paisaje liminal del arte rupestre y la comida comunal de la cerámica diaguita. Estas espacialidades no son

neutrales: producen y regulan formas de ser-cuerpo al mismo tiempo que reflejan las dinámicas sociales y políticas de cada momento histórico.

Lo performático: lo que los cuerpos hacen y permiten hacer

La tercera dimensión se refiere a lo performático, es decir, a lo que los cuerpos hacen y a las acciones que posibilitan o restringen. Los casos analizados muestran que las materialidades configuran formas corporales, gestualidades, prácticas y capacidades de acción.

En el caso de los tembetás, la performatividad es directa e inmediata. Su inserción en el labio inferior afectaba la gestualidad facial y las prácticas cotidianas, desde el habla hasta el consumo de alimentos y bebidas (González 2018, 2020). Las huellas de desgaste mandibular descritas por Quevedo (1992) y Torres-Rouff (2011) sugieren que estos artefactos modificaban incluso la fisiología de quienes los portaban, obligándoles a desplegar gestos específicos para hablar o beber. La acción del cuerpo, en este sentido, estaba mediada por el objeto, y el objeto adquiría agencia al transformar de manera constante la performatividad corporal.

Las vasijas antropomorfas del PAT, en contraste, expresan performatividades relacionales y rituales. Como cuerpos contenedores, su función era almacenar y servir líquidos o alimentos, lo que implicaba que en contextos de comensalidad o funerarios estas vasijas “alimentaban” a cuerpos de carne y hueso. Sus posturas modeladas –como los vasos con cuerpos sentados, manos sobre el vientre y ojos cerrados– no representan tanto acciones humanas reales como gestos intencionados, que solo cobran sentido en el contexto en que fueron creadas (Campino 2022; Fowler 2004). La performatividad parece orientada a activar en la práctica funeraria un tipo de corporalidad específica, marcada por la clausura visual (ojos cerrados) y la centralidad del abdomen.

En el arte rupestre diaguita, la performatividad se presenta de manera ambigua. Los cuerpos esquemáticos carecen de gestos definidos y rara vez conforman escenas, lo que podría interpretarse como ausencia de acción. Sin embargo, esta aparente inacción puede entenderse como potencia performativa: al no estar fijados en una acción concreta, estos cuerpos esquemáticos quedan abiertos a múltiples interpretaciones y apropiaciones. Como ha señalado Lobos (2023), su disposición en paneles colectivos y su reiteración masiva en quebradas y rutas sugiere que su performatividad residía en la capacidad de acompañar la movilidad y de corporalizar el paisaje, más que en representar gestos específicos.

Finalmente, la cerámica diaguita despliega una performatividad culinaria y social, vinculada al servicio y consumo de alimentos y bebidas. En tiempos

preinkaicos, los jarros zapato con rostros y elementos corporales enfatizaban la relación directa entre contenedor y cuerpo; tras la anexión al Tawantinsuyu, los jarros pato incorporaron torsos, brazos, vestimentas y escotes, ampliando la performatividad de las piezas hacia la representación de cuerpos vestidos y diferenciados (González 2013; Mansilla 2023). Estas transformaciones sugieren que las vasijas no solo performaban la comensalidad, sino que también inscribían nuevas formas de ordenar socialmente los cuerpos en clave imperial.

En conjunto, la dimensión performática permite reconocer que los cuerpos en el Norte Semiárido fueron agencias activas y que los elementos que los conformaron dieron cabida a prácticas y gestos específicos. El tembetá modifica el rostro; la vasija del PAT “alimenta” en rituales de vida y muerte; el arte rupestre abre un campo de performatividades posibles en el paisaje, y la cerámica diaguita corporaliza la comensalidad y la diferencia social.

Lo incorpóreo: ontologías y concepciones del cuerpo

La cuarta dimensión se refiere a lo incorpóreo, es decir, a los discursos, concepciones e ideas que acompañan y moldean los cuerpos más allá de su materialidad inmediata. Aunque su abordaje arqueológico es más complejo, los casos analizados muestran que las nociones sobre qué es un cuerpo y cómo debe ser representado están siempre presentes y se articulan con las demás dimensiones.

En el caso de los tembetás, la idea subyacente es la de un cuerpo compuesto: un cuerpo que no se entiende completo sin un objeto que lo atraviese y lo visibilice. La insistencia en este artefacto, su variabilidad regional y su uso recurrente sugieren que portar un tembetá no era solo una práctica estética, sino un principio ontológico de la corporalidad durante el PAT (González 2018, 2020). Lo incorpóreo aquí reside en una noción de cuerpo que incluye la materia mineral como parte inseparable de sí mismo.

Las vasijas antropomorfas del PAT, por su parte, remiten a la idea de cuerpos partibles y divisibles. El predominio de cabezas dobles, rostros aislados o cuerpos reducidos a fragmentos señala que no se concebía necesariamente la unidad indivisible del cuerpo humano, sino que sus partes podían tener agencia propia (Fowler 2004; Armstrong 2019a y b). En contextos funerarios, estas fragmentaciones no serían simples elecciones formales, sino maneras de activar propiedades y cualidades específicas asociadas a las distintas partes del cuerpo, como si se tratara de lugares en un paisaje.

El arte rupestre diaguita expresa algo distinto: el de cuerpos mínimos y homogéneos, carentes de rasgos individuales, repetidos hasta conformar una

corporalidad colectiva. Como ha señalado Troncoso (2018, 2022), estas figuras esquemáticas, privadas de rostro y vestimenta, constituyen una visualidad que privilegia la identificación común por sobre la singularidad. En este sentido, lo incorpóreo aquí es la noción de un cuerpo que no destaca, que se diluye en la multitud de repeticiones y que funciona como memoria social compartida (Lobos 2023; Troncoso *et al.* 2020).

Finalmente, la cerámica diaguita muestra un giro conceptual tras la anexión inkaica: de cabezas aisladas y cuerpos fragmentarios se pasa a la representación de cuerpos vestidos y jerarquizados, con atributos como escotes, reforzados de camisa o tocados (González 2013; Mansilla 2023). Estas transformaciones suponen la inscripción de nuevas concepciones: cuerpos regulados, normados, integrados a un orden visual que refleja la dominación política. Lo incorpóreo, en este caso, son las ideas de diferencia y jerarquía que se materializan en la vestimenta y que definen qué cuerpos son legítimos.

En suma, la dimensión incorpórea permite reconocer que los cuerpos del Norte Semiárido no solo fueron materialidades, espacialidades o performatividades, sino también que sus distintos modos de existencia histórica articularon con ideas y nociones corporales específicas. Unos cuerpos compuestos y partibles (cerámica y tembetás del PAT), mínimos (rupestre diaguita) y jerarquizados (cerámica diaguita inkaica). Estas ideas sobre el cuerpo –explícitas en sus atributos y ausencias– emergen siempre de las otras dimensiones y, a su vez, las orientan. Lo incorpóreo, entonces, no puede pensarse separado de lo material, espacial y performativo, sino como el plano en que esas dimensiones adquieren sentido histórico y social.

En síntesis

El análisis conjunto de estas cuatro dimensiones muestra que los cuerpos en el Norte Semiárido fueron siempre multimodales, históricos y relacionales. Ninguno de los soportes estudiados remite a un cuerpo desnudo, universal o estable: todos expresan ensamblajes materiales, espacialidades situadas, performatividades específicas e ideas que definieron lo que un cuerpo podía ser y hacer en cada contexto. Esta mirada comparativa revela tanto continuidades (como la centralidad del rostro) como transformaciones marcadas (como la incorporación de vestimentas bajo el Tawantinsuyu), así como la coexistencia de registros homogeneizantes y de diferencias locales. Más que una tipología cerrada, las dimensiones discutidas deben entenderse como herramientas heurísticas que permiten pensar la historicidad de los cuerpos sin reducirlos a categorías biomédicas ni a símbolos descontextualizados.

En este caso específico, la articulación de estas cuatro dimensiones nos permite plantear que más que asociados a grupos culturales particulares, los modos de existencia históricos de los cuerpos se presentan como flujos dinámicos que se territorializan (*sensu* DeLanda 2016) en determinados momentos y a distintas escalas. En el caso particular del NSA este proceso viene enmarcado por la variabilidad intrarregional observada, así como por la diversidad de modos de vida que coexisten en este territorio, particularmente post 500 d.C. y más claramente post 1000 d.C. A su vez, esta territorialización se vincula con prácticas sociales, políticas y económicas específicas y, por tanto, fueron coherentes y funcionales dentro de modos de vida, sistemas de experiencias y marcos conceptuales más amplios, un aspecto que hemos discutido en otro espacio (Armstrong *et al.* 2025) evaluando cómo distintos paisajes corporales se constituyeron a lo largo de la historia y la relación que tuvieron con los procesos históricos evidenciados para la región.

Conclusiones

En este trabajo hemos desarrollado un primer acercamiento a la historicidad de la conformación y existencia de los cuerpos en el Norte Semiárido durante tiempos prehispánicos. Aunque esta tarea es necesariamente compleja y requiere integrar múltiples líneas de evidencia, lo aquí presentado ya muestra la rentabilidad de la problemática y su potencial de resolución arqueológica. Al situar el análisis en los cuerpos, se abre la posibilidad de comprender un elemento central de toda práctica identitaria problematizando qué es un cuerpo y qué puede hacer a lo largo de la historia.

Las propuestas teóricas, metodológicas e interpretativas planteadas subrayan la importancia de atender a la historicidad y la multimodalidad de los cuerpos, y escapar de las lecturas que proyectan un sujeto trascendental y homogéneo sobre el pasado. En lugar de entender la identidad como un atributo fijo o como una categoría universal, este enfoque permite reconocerla como un proceso encarnado y situado, producido a través de ensamblajes materiales, espacialidades concretas, performatividades específicas y concepciones ontológicas. De este modo, los cuerpos no se limitan a reflejar identidades: son ellos mismos productores y transformadores de identidades históricas.

Al mismo tiempo, este ejercicio evidencia tanto las posibilidades como las tensiones del enfoque. La parcialidad del registro arqueológico y el riesgo de rigidizar las dimensiones analíticas obligan a mantener una mirada crítica y flexible. Pero estas limitaciones no disminuyen su alcance: por el contrario, señalan la necesidad de futuros estudios con cronologías más finas y compa-

raciones regionales que permitan dar cuenta de las múltiples tensiones históricas entre modos de existencia. Solo así será posible profundizar en cómo las formas de ser y hacer de los cuerpos se engranaron con los procesos sociales más amplios y cómo, en última instancia, la identidad se constituyó como un proceso corporal, variable y relacional.

Agradecimientos. A todxs lxs colegas y amigxs que trabajaron en los trabajos de terreno, laboratorio y registro de colecciones de los proyectos FONDECYT N° 11221116, 1200276 y 1251233, en los cuales se enmarca este trabajo. A las instituciones que abrieron sus puertas para los análisis realizados: Museo del Limarí, Museo Arqueológico de La Serena, Museo Chileno de Arte Precolombino, Museo Andino, Museo Nacional de Historia Natural, Museo Regional de Atacama, Museo Provincial del Huasco Alfonso Sanguinetti Mulet, Museo de Historia Natural de Valparaíso y Museo de Historia Natural de Concepción. A Gloria Cabello y al evaluador/a anónimo por sus revisiones y acertados comentarios que nos permitieron enfocar de mejor forma este trabajo.

Referencias citadas

- Armstrong, F. 2019a. *Beyond Flesh and Bone: Body-Objects, Personhood, and Ontology in Prehistoric and Early Historic Rapa Nui, East Polynesia*. Tesis de Doctorado. Institute of Archaeology, University College London, Londres.
- Armstrong, F. 2019b. Cuerpos de madera: Diversidad y relacionalidad en objetos antropo/zoomorfos de Rapa Nui obtenidos entre los siglos XVIII y XX. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 24(2): 89-105.
- Armstrong, F. 2022. Paisajes corporales y ontología(s): Una propuesta desde los objetos e imágenes antropomorfas de Rapa Nui. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 52: 12-42.
- Armstrong, F., D. Campino, I. González, F. Lobos, L. F. Mansilla, R. González-Rojas, P. Salas y A. Troncoso. 2025. *Transforming Bodyscapes: Four Millennia of the Human Form in North-Central Chile (3000 BCE - 1540 CE)*. Manuscrito presentado para publicación.
- Battaglia, D. 1990. *On the Bones of the Serpent: Person, Memory, and Mortality in Sabari Island Society*. University of Chicago Press, Chicago.
- Cabello, G. 2011. De rostros a espacios compositivos: Una propuesta estilística para el valle de Chalinga, Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* (43)1: 25-36.
- Cabello, G., M. Sepúlveda y B. Brancoli. 2022. Embodiment and Fashionable Colours in Rock Paintings of the Atacama Desert, Northern Chile. *Rock Art Research* 39(1): 52-68.

- Campino, D. 2022. *Cerámica antropomorfa del período Alfarero Temprano en Chile*. Memoria para optar al título de Arqueóloga. Universidad Alberto Hurtado, Santiago.
- Carmona, G. 2022. En busca de la vestimenta diaguita chilena: Antecedentes desde la iconografía cerámica. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 53: 77-94.
- Criado, F. 2015. Archaeologies of Space: An Inquiry into Modes of Existence of XS-capes. En: *Paradigm Found: Archaeological Theory Present, Past and Future: Essays in Honour of Evžen Neustupný*, editado por K. Kristiansen, L. Šmejda y J. Turek, pp. 61-83. Oxbow Books, Oxford.
- Csordas, T. J. 1990. Embodiment Paradigm for Anthropology. *Ethos* 18(1): 5-47.
- DeLandia, M. 2016. *Assemblage Theory*. Edinburgh University Press, Edimburgo.
- Eves, R. 1998. *The Magical Body: Power, Fame and Meaning in a Melanesian Society*. Harwood Academic Publishers, Amsterdam.
- Flannery, K. 1999. Process and Agency in Early State Formation. *Cambridge Archaeological Journal* 9(1): 3-21.
- Foucault, M. 2008. *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*. Siglo XXI, México.
- Foucault, M. 2023. *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Fowler, C. 2004. *The Archaeology of Personhood: An Anthropological Approach*. Routledge, Nueva York.
- Fowler, C. 2011. Personhood and the Body. En: *The Oxford Handbook of the Archaeology of Ritual and Religion*, editado por T. Insoll, pp. 133-150. Oxford University Press, Oxford.
- Gell, A. 1998. *Art and Agency: An Anthropological Theory*. Clarendon Press, Oxford.
- Geller, P. 2009. Bodyscapes, Biology, and Heteronormativity. *American Anthropologist* 111(4): 504-516.
- González, P. 2013. *Arte y cultura Diaguita chilena: Simetría, simbolismo e identidad*. Ucayali, Santiago.
- González, R. 2018. *Perforando la prehistoria: Una aproximación a la heterogeneidad de las poblaciones del período Alfarero Temprano del Norte Semiárido a partir de los tembetás*. Tesis de Magíster en Arqueología. Universidad de Chile, Santiago.
- González, R. 2020. Más que simples adornos: Una nueva mirada a la colección de tembetás del Museo del Limarí. *Bajo la Lupa*. Colecciones digitales, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

- Grosz, E. 2007. *The Incorporeal: Ontology, Ethics and the Limits of Materialism*. Columbia University Press, Nueva York.
- Hamilakis, Y., M. Pluciennik y S. Tarlow (eds.). 2002. *Thinking through the Body: Archaeologies of Corporeality*. Kluwer Academic, Plenum Publishers, Nueva York.
- Haraway, D. 1988. A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist Feminism in the 1980s. *Socialist Review* 80: 65-107.
- Harris, O. J. T. y J. Robb. 2012. Multiple Ontologies and the Problem of the Body in History. *American Anthropologist* 114(4): 668-679.
- Hernando, A. 2022. *Arqueología de la identidad*. Akal, Madrid.
- Insoll, T. (ed.). 2007. *The Archaeology of Identities: A Reader*. Routledge, Londres.
- Jones, S. 1997. *The Archaeology of Ethnicity: Constructing Identities in the Past and Present*. Routledge, Londres.
- Joyce, R. 2005. Archaeology of the Body. *Annual Review of Anthropology* 34: 139-158.
- Latour, B. 2011. *Investigación sobre los modos de existencia: Una antropología de los modernos*. Paidós, Buenos Aires.
- Le Breton, D. 1985. The Body and Individualism. *Diogenes* 33(131): 24-45.
- Lobos, F. 2023. *Entre valles, cuerpos y rocas: Conceptualizaciones corporales dentro del arte rupestre Diaguita en los valles de Limarí, Combarbalá y Choapa*. Memoria para optar al título de Arqueóloga. Universidad de Chile, Santiago.
- Mansilla, L. F. 2023. *Evaluando la producción de paisajes corporales en la alfarería Diaguita*. Tesis de Magíster en Arqueología. Universidad de Chile, Santiago.
- Montt, I. 2004. Elementos de atuendo e imagen rupestre en la subregión de río Salado, Norte Grande de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 36: 651-661.
- Montt, I., D. Fiore, C. Santoro y B. Arriaza. 2021. Relational Bodies: Affordances, Substances and Embodiment in Chinchorro Funerary Practices c. 7000-3250 BP. *Antiquity* 95(384): 1405-1425.
- Panofsky, E. 1998. *Estudios sobre iconología*. Alianza, Madrid.
- Quevedo, S. 1982. Análisis de los restos óseos humanos del yacimiento arqueológico de El Torín. En: *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología*, Vol. 1, pp. 59-178. Museo Arqueológico de La Serena, La Serena.
- Robb, J. 2020. Art (Pre)History: Ritual, Narrative and Visual Culture in Neolithic and Bronze Age Europe. *Journal of Archaeological Method and Theory* 27: 454-480.
- Robb, J. y O. J. T. Harris. 2013. *The Body in History: Europe from the Paleolithic to the Future*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Simondon, G. 2007. *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Prometeo, Buenos Aires.
- Soriau, E. 2017. *Los diferentes modos de existencia*. Cactus, Buenos Aires.

- Strathern, M. 1988. *The Gender of the Gift: Problems with Women and Problems with Society in Melanesia*. University of California Press, Berkeley.
- Torres-Rouff, C. 2011. Piercing the Body: Labret Use, Identity, and Masculinity in Prehistoric Chile. En: *Breathing New Life into the Evidence of Death: Contemporary Approaches to Bioarchaeology*, editado por A. Baadsgaard, A. Boutin y J. E. Buikstra, pp. 153-178. School for Advanced Research Press, Santa Fe.
- Troncoso, A. 2005. El plato zoomorfo/antropomorfo Diaguita: una hipótesis interpretativa. Red Werkén, Santiago.
- Troncoso, A. 2018. Arte rupestre de la Región de Coquimbo: Una larga tradición de imágenes y lugares. *Bajo la Lupa. Colecciones digitales*, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.
- Troncoso, A. 2019. Una historia de los cuerpos en el arte prehispánico de la Región de Coquimbo. *Bajo la Lupa. Colecciones digitales*, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.
- Troncoso, A. 2022. *Arte rupestre, comunidades e historia en el centro norte de Chile*. Social-Ediciones, Santiago.
- Troncoso, A. 2024. Rock Art, Modes of Existence, and Cosmopolitics. En: *Rock Art in the Twenty-First Century: Deep-Times Images in the Age of Globalization*, editado por O. Moro-Abadía, M. Conkey y J. McDonald, pp. 45-57. Springer, Londres.
- Troncoso, A., F. Armstrong y F. Moya. 2022. Ontologías, modos de existencia y tecnología: Propuestas para un acercamiento relacional en arqueología. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 52: 81-104.
- Troncoso, A., F. Armstrong, F. Vergara, F. Ivanovic y P. Urzúa. 2020. Nurturing and Balancing the World: A Relational Approach to Rock Art and Technology from North-Central Chile (Southern Andes). *Cambridge Archaeological Journal* 30(2): 239-255.
- Troncoso, A., F. Armstrong, F. Vergara, P. Urzúa y P. Larach. 2008. Arte rupestre en el valle El Encanto (Ovalle, Región de Coquimbo): Hacia una reevaluación del sitio-tipo del estilo Limarí. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13(2): 9-36.
- van Dülmen, R. 2016. *El descubrimiento del individuo, 1500-1800*. Siglo XXI, Madrid.
- Viveiros de Castro, E. 1998. Cosmological Deixis and Amerindian Perspectivism. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 4(3): 469-488.
- Wilkinson, D. 2013. The Emperor's New Body: Personhood, Ontology and the Inka Sovereign. *Cambridge Archaeological Journal* 23(3): 417-432.